



DIARIO DE  
UN ABUELO  
SALVAJE

Abraham, Tomás

Diario de un abuelo salvaje / Tomás Abraham. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Ateneo, 2023.

288 p.; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1381-3

1. Memorias. 2. Autobiografías. I. Título.

CDD 808.8035

*Diario de un abuelo salvaje*

© Tomás Abraham, 2023

Derechos mundiales para todas las lenguas

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200 - editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Carolina Genovese

Edición: Marina Fucito

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño: Valeria Miguel Villar (@be.olifant)

Fotografía de tapa: Rafael González Abraham, nieto del autor (10 años)

1ª edición: junio de 2023

ISBN: 978-950-02-1381-3

Impreso en Printing Books, Mario Bravo 835, Avellaneda  
provincia de Buenos Aires, en junio de 2023.

Tirada: 4000 ejemplares

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Los consejos dados por el autor en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que el autor pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por el autor en el presente libro.

*El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).*

TOMÁS ABRAHAM

DIARIO DE  
UN ABUELO  
SALVAJE

(Un profesor en tiempos de pandemia)

 *Editorial El Ateneo*



*A Cora y Camila, gracias.*

## ÍNDICE



<b>Capítulo 1. MENTE</b> .....	7
(primer año de pandemia. 2020-2021)	
<b>Capítulo 2. CUERPO</b> .....	93
(segundo año de pandemia. 2021-2022)	
<b>Capítulo 3. CORAZÓN</b> .....	157
(segundo año de pandemia. 2021-2022)	
<b>Capítulo 4. ALMA</b> .....	211
(tercer año de pandemia. 2022-2023)	
<b>AGRADECIMIENTOS</b> .....	286
<b>BIOGRAFÍA DEL AUTOR</b> .....	287



## Capítulo 1

# MENTE

**R**ecibo un llamado en mi casa de Colonia. La enfermera me dice que murió mamá después de cinco años de internación domiciliaria por un ACV. Voy al puerto. Del barco a su departamento. Un beso en la frente. Voy a la AMIA a confirmar que tiene su lugar junto a la tumba de papá, que se fue hace cinco años. Entierro en La Tablada. Rezo el kadish junto a mi hermano. Llora. Les prometí que estarían juntos, y cumplí.

Vuelvo a Colonia. Son los últimos días de febrero. Leemos en los diarios que desde la China se propaga un virus por Europa que mata gente en pocos días. No saben qué es ni pueden contenerlo. Hablan de pandemia y de cierre de fronteras. Se suspenden vuelos y viajes. A mediados de marzo decidimos con C volver a Buenos Aires.

¿Será cierto? ¿Se bajan las persianas del país? ¿En cuántas semanas volveré a Colonia? ¿No poder salir? Adentro o afuera seguiré escribiendo mi libro sobre el genocidio de judíos en

Rumania y la vida de mis padres antes de que emigráramos a la Argentina.

Nunca hice un duelo.

\*

Pasan los días, las semanas... Terminé mi libro. Lo escribí sin pausa y con prisa. ¿Y ahora?

¿Qué sucede cuando un profesor deja de estudiar? Por cansancio, desinterés, hartazgo, por falta de estímulos, porque se jubiló, porque cree que a nadie le interesa lo que escriba, porque nada tiene que decir.

No es un asunto nimio. Si se lee con un lápiz en la mano para subrayar, seleccionar párrafos e ideas, agrupar información en una dirección determinada, y preparar clases para imponerse por erudición; al dejar de hacerlo, se corre el riesgo de no saber más que los demás, de no dar más clases, de dejar el lápiz y de mirar ¿qué? Las cosas. El bar de enfrente, el cielo, la mesa, la televisión, las redes sociales, mirar los recuerdos, caminar, ver desfilar mascotas, leer por gusto, para soñar, para admirar, por nada. ¿Qué hacer? Escribir, sí, escribir, dar testimonio del abandono del estudio y escribir sobre lo que se nos ocurre, sobre lo que ocurre, pero ¿qué ocurre?

El bar de enfrente, el cielo, las nubes, mi esposa vuelve del dentista, un amigo me trae un libro, y se va rápido porque no podemos acercarnos en tiempos de pandemia. Y de vuelta al sillón a leer la maravillosa novela de Joseph Roth, *Job*.

Se me ocurrió una idea, en otros tiempos esa idea la anotaba en un cuaderno para no olvidarla. ¿Y si ahora la olvido?

¿Si no la anoto? Se va, se pierde, ya no vuelve. Voy a fijar una idea. Pensé que la pandemia tiene que ver con un accidente, ese del murciélago chino que cambió el mundo. Pensé en el accidente como idea, por lo tanto, en el azar, en Séneca, en su pensamiento de que la filosofía existe porque hay tanto azar como destino, pensé en que los antiguos con la tragedia mostraban que contra el destino nadie la talla, porque los vaticinios no son directos, los dioses hacen trampa, se disfrazan. Por más que nos digan que una desgracia ha de acontecer, no sabemos ni cuándo, ni dónde, ni cómo.

Pensé en que el accidente no es puro azar, en que para que haya murciélago tiene que haber feria, para que haya feria con reptiles tiene que haber hambre de bichos y ferias sucias con miles de chinos. Pensé en la noción de accidente analizada por el abogado y filósofo, editor de Michel Foucault, François Ewald, que escribió *L'État Providence*, que parte de la idea de accidente que en el siglo XIX se desprende del azar, de la pura contingencia, de la "fortuna", y se hace operativo en lo social al conectarse con la idea de riesgo y prevención. Estructura teórica de los sistemas de seguridad social y de todas las instituciones mutualistas y cooperativas que no esperan que ocurra un accidente para actuar, sino que lo anticipan con recursos para no quedar a merced del puro infortunio.

Recordé que el psicoanalista de mi padre había sido especialista en accidentología y que me había enviado su libro sobre el tema con una dedicatoria. Libro que fue parte de un baúl con libros que doné a una biblioteca popular en la que debe estar tirado junto a otros cientos en un depósito, ni siquiera en un estante.

Hablé con un piloto de aviación que estudió el tema de los accidentes aéreos y asocié nuevas ideas. Se me ocurrió que podía ponerme a investigar el tema de la pandemia en relación con la idea de accidente como alternativa a las teorías conspirativas y a los anuncios apocalípticos. Además de proponer a la humanidad, o sea, a nadie, una tarea futura para prevenir futuros accidentes ya que una vez que ocurren, todo es tarde y los daños, irreparables. Me dicen, además, que a diferencia de catástrofes anteriores, en nuestro mundo las catástrofes son mucho más grandes por los cambios de escala. ¿Qué hacer con esta idea? ¿Ingresar al laberinto del estudio hasta darle una forma explícita y consistente como un argumento bien armado?

Tuve otra idea. Mostrar que la Década Infame –los años treinta en nuestro país– fue también maravillosa. Un tiempo en que las artes fueron efectivamente bellas. Buen tema para un seminario, para un trabajo colectivo. Tomé en cuenta por mis lecturas de hace meses sobre la Década Infame y por el libro que escribo durante el primer cuatrimestre de la cuarentena sobre Rumania y los judíos, pensé que la entreguerra, la matanza del 14-18 del siglo pasado y la catástrofe bursátil de Wall Street en el 29 cambiaron el mundo y que nuevos modelos de política económica y de funciones del Estado emergieron por necesidad y urgencia, como el *New Deal*, la industrialización a la Stalin y la máquina de guerra nazi, por eso, creo que esta pandemia debería dar lugar a algo nuevo, porque nada será como antes.

Pensaba estas cosas para comenzar un estudio sobre estos temas, lo del Accidente, la Década Infame, anticipar un

acercamiento rápido e intenso para escribir un texto para un periódico que luego se reproducirá en las redes, y esperar los comentarios, los elogios, los agravios, la indiferencia también.

Y no tengo ganas porque no tengo ganas de estudiar. Me daba cuenta de que no anotaba estas ideas en un cuaderno y que las iba a olvidar y quedaría vacío para convertirme en carne de televisión y de celulares.

\*

Estoy cansado. No digo que me agoté porque no es cierto. Estoy vivo. Y sano, espero. Y fuerte, ojalá. Basta de estudiar. Medio siglo de estudiar. Comencé a dar clases en la Universidad de Buenos Aires a los treinta y siete años, y en menos de dos meses cumpla setenta y cuatro, el doble. Es una edad avanzada en una sociedad en la que hablan los más jóvenes, no jóvenes sino más jóvenes que yo, que para muchos soy viejo, y que en pandemia piden que me cuide o que me muera sin ocupar camas.

Comencé a estudiar a los dieciséis años, lo que yo llamo “estudiar”, no me refiero a la escuela, los colegios, ni la universidad, porque en París del 68 no se estudiaba en la academia, sino a hacerlo por mí mismo. Hace cincuenta y siete años y diez meses. Muchos libros escribí debido al estudio. Sigo vivo y sano, lo repito, creo y espero, con vitalidad, no siempre igual, pero sin ganas de estudiar.

No estudiar produce insomnio. La mente está libre de compromisos, se vuelve esponja, su capacidad de absorción

aumenta en la medida en que no se concentra en una búsqueda y queda expandida, más fláccida, y si de la imagen acuática pasamos a la aérea, figuremos que planea. O flota.

Se duerme pocas horas y el despertar es intenso, cero de modorra, muchos temas sin resolver. Abro los ojos bien abiertos y con la mente fresca y mentolada, me digo: “¿Cuál era el filósofo que discutía con Heidegger en Davos?”. Buena pregunta para las cinco cuarenta y cinco de la mañana, Dios mío, me sale Collingwood, Coleridge... debe ser una cuestión de sílabas, y hay una “c” en juego, pero no me inquieto. No es de esos olvidos de nombres que me hacen temer un futuro Alzheimer, no tengo por qué saber quién fue el filósofo que discutió con Heidegger porque nunca le presté atención, pero ¿quién era?

Ese, el de las formas simbólicas, ¿cómo se llamaba?, tengo el libro en la biblioteca de mi oficina, está en el estante de los libros de historia o de antropología, junto a otro de su autoría, son dos entonces, uno el de las formas simbólicas que nunca me interesó, otro es sobre la Ilustración, no, Ilustración no, ah, el del Renacimiento... mejor lo googleo...

¿En dónde está el iPad o el celu?, pongo “Davos discusión de Heidegger”... Ahí está, Cassirer, al fin.

No era la “c” la clave, aunque comenzara con esa letra. Leo la reseña del link, ya pasaron cinco minutos de búsqueda, discuten sobre Kant, ajá, interesante. Para Cassirer, Kant tiene que ver con las matemáticas y para el otro, con el Ser. Ok, no da para más.

Estoy en la cama. Agarro otro libro de mi mesa de luz en la que hago montañitas de tres libros con algún que otro

libro suelto. Los renuevo según lo que esté estudiando. Pero ahora no estudio. Estoy entre paréntesis. Pero los paréntesis son dos, uno abre, el otro cierra. Hay uno que se abre, después vengo yo, aparezco después del paréntesis, con un único semicírculo por detrás y ninguno por delante, no veo el próximo, el que cierra.

La angustia, la llamaré así, no es la edad, cumpliré setenta y cuatro en diciembre, en un mes y medio, angustiado, nervioso, o abatido, o insomne, por estar en medio de dos paréntesis sin avizorar el cierre del segundo para luego comenzar una nueva frase, o sea, un nuevo libro para escribir, un nuevo proyecto para estudiar, nuevas ideas para anotar.

La panza del paréntesis que abre, ese semicírculo hacia mi izquierda, yo dentro, y la nada después. Eso es no estudiar. ¿Y si no es un paréntesis? ¿Si es mentira? ¿Si verdaderamente estoy podrido de estudiar? Lo que yo llamo estudiar. Buscar libros cada semana, acumularlos en mesas, leer uno tras otro con lápiz en la mano, subrayar, hacer llaves en los márgenes, poner la palabra “ver” antes de un párrafo al que debo volver porque no me resulta claro, al que nunca vuelvo, señalar con una “x” al lado de una palabra en inglés o francés que no entiendo, porque casi todo lo que estudio es en un setenta por ciento en francés, un veinte por ciento en inglés y un diez por ciento en castellano. Salvo cuando estudio y escribo un libro sobre la Argentina, casi todo en castellano. Pero de los publicados, habrá cinco sobre mi patria de adopción y pocos en los que mezclo lo nacional con lo universal.

\*

La cuarentena es feroz. Los “abuelitos” nos tenemos que quedar en casa. Para salir debemos llamar a un número de teléfono y ser autorizados a abastecernos en el súper. En la tele discuten si tienen que dejarnos morir por falta de camas y dedicarse a quienes tienen futuro. A nosotros nos sobra pasado. Compensan tratándonos de nonos, nonas, viejitos, abuelitos. Son una mierda. Hace unos meses, decidí hacer pública mi indignación con esta nota:

**Solicitud para estar chocho en cuarentena** (Diario Perfil 19/4/2020)

“Hay una ideología gerontológica que han adoptado los funcionarios y los medios de comunicación que quizás tenga que ver con el modo en que se percibía la familia a sí misma hace más de medio siglo, y que se representaba en el teatro de Darío Vittori y en las telenovelas en blanco y negro como las de los Campanelli.

La nona y el nono, el zeide y la bobbe, son reliquias muy queridas del ideario costumbrista nacional. Es posible que esto explique que en el 2020 los periodistas nos digan abuelitos con la misma sonrisa que algunos tienen en la calle cuando ven a un paseante con una mascota, o se dirijan a nosotros como adultos mayores porque los hay menores, con el descuido de no emplear el lenguaje inclusivo al usar solo el masculino que con la palabra “vejetes” no tendría objeción alguna del INADI.

El 5 de abril último en *Infobae*, una nota de consulta a especialistas reúne una serie de recomendaciones que nos hacen para estos días de cuarentena que desde el lunes 20 exigirá un salvoconducto para poder circular.

*¿Qué nos recomiendan? Cito la serie casi completa: pueden ver películas que veían antes, las de sus épocas, por ejemplo. En caso de que usen las redes, pueden verla online ya que hay muchas subidas. O en caso de tener cable o televisión satelital pueden ver los canales especiales en los que las pasan las 24 horas.*

*Ordenar los cajones de recuerdos o de los cubiertos, acomodar álbumes de fotos o cualquier otra actividad pueden ser una buena opción en estos momentos para que sigan estando activos, escuchar discos, casetes o la música que les guste en el formato que tenga, pueden hasta compartir algo lúdico como un juego de cartas, bingo o simplemente conversar sobre lo que ellos quieran hablar con sus seres queridos, no siempre del tema del coronavirus para que no se asusten.*

*Es importante que muevan las manos y los dedos. Pueden cocinar. Si hay dos personas o más en la casa pueden, por ejemplo, hacer juntos un puré y uno pela las papas y el otro las pisa. Es una actividad simple, pero mueven las manos. Otra opción puede ser tejer o coser, además de cocinar.*

*La lectura es una de las actividades cognitivas recomendadas, al igual que las sopas de letras, crucigramas incluso pintar mandalas. Fin de la cita.*

Lo de la sopa de letras no lo entendí, todo el resto sí, a pesar de mis setenta y tres años, creo que más o menos podría seguir estas sagaces recomendaciones, como la de hacer puré de a dos, ya que sigo casado.

Pero, lamentablemente, nada de lo que me sugieren me interesa, prefiero suicidarme. Quisiera, eso sí, aprovechar el interés por cuidarnos que tienen los que presiden nuestro destino y los consejos de los especialistas, para solicitar lo

que estimo me haría bien a mí, y muy posiblemente a otros de mi edad.

Voy a descartar el bingo y la canasta porque me pudren el ánimo, para intentar imaginarme rodeado de tantas cosas bellas que me ofrece la memoria y que me harían el arresto domiciliario mucho más agradable.

Me gustaría que me entregaran por encomienda un bongó para que cada mañana pueda saludar el amanecer. Lo necesito acompañado por una cajita de porros que pueden venir con el cannabis y los papelitos por separado así los armo y me ayuda ejercitar los dedos, como recomiendan los gerontólogos.

No hay como tomarse un ácido, un LSD, las noches de luna llena, con dos *yellow sunshine* me doy más que satisfecho.

Necesito ropa, se me rompió el lavarropas y no me dejan ir a la lavandería. Ya que existe la posibilidad de pedirles a mis tutores del gobierno de la ciudad cosas que me hagan feliz, me gustaría una polera negra –soy un intelectual– jeans patas de elefante, cinturones con gran hebilla de metal, botas de caña corta y sandalias. Para mi mujer, que es de otra onda, solicito blusas de lienzo blanco, remeras batik, suecos con tacos de madera, collares con mostacillas, una vincha y un bolso peruano.

En cuanto a la lectura, ¿me pueden enviar *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castañeda, y si no es molestia, *El mundo feliz* de Aldous Huxley? No me atrevo a pedir los *Escritos* de Lacan ni *El antiedipo* de Deleuze, porque sería un abuso. Pero el *I Ching*, eso sí, nos cambiaría la vida.

Unos DVD con *Easy Rider*, *Crónica de un niño solo* y *El séptimo sello* nos alegraría más de una tarde. Nada sería más completo si para la película de Bergman, puedo invitar a dos vecinos que tengo en el piso, tan minusválidos como yo, para un cine debate. Por lo que necesito una mesa redonda con tres sillas.

¿Una botellita de ginebra? ¿Unos Particulares?, qué mejor para que la jornada cultural sea completa.

Música por favor, *La marcha de San Lorenzo*, de Billy Bond y la pesada del rock & roll, y *Balada para un loco* de Piazzolla.

Y un último pedido especial. Para que nuestra estadía forzada por circunstancias que son independientes de nuestra voluntad se convierta en algo memorable también por la dicha compartida, si una vez por semana el gobierno de la ciudad nos dejara salir no más que una hora, podríamos recrear una escena de nuestra juventud maravillosa, y hacer dedo. Con que nos envíen un micro escolar o un camión de Manliba, por la esquina de casa a las 10 h, nosotros saldríamos 9,45 m, y haríamos dedo un cuarto de hora mirando a lo lejos y viendo pasar autos. De detenerse alguno, no lo tomaríamos, esperaríamos el transporte de Larreta.

Le diríamos al chofer nuestra dirección, daríamos un par de vueltas nada más y bajaríamos iluminados.

Desde ya muchísimas gracias”.

Fue una nota muy comentada, luego olvidada, pero que hizo que el mismo jefe de gobierno hiciera un zoom conmigo para explicarme algunas tonterías. Un amigo, académico notable, invitado al mismo zoom, decidió, una vez promulgado el decreto de encierro total de mayores, desobedecer la

orden y salir a la calle con una estrella amarilla cosida en la solapa. Un escándalo. A tanto no me atrevía, a pesar de estar escribiendo sobre el genocidio de judíos.

\*

Hoy es miércoles de pandemia. Vivimos una nueva vida. Y sigue. Seguirá. Es una vida con barbijos, una vida sin abrazos. Una vida a distancia. Lo demás cambia mucho, poco o nada. La crisis de cansancio con el estudio iba a suceder de todas maneras. Con pandemia o sin pandemia.

Estoy en la oficina, en mi biblioteca privada. Aquí tengo mis libros. Decenas de estantes con la bibliografía de estudio. Cada libro escrito con tapa y lomo, bien de productos de carnicería, divididos por temas estudiados. La de historia argentina, la de estudios medievales, la de la Rumania de entreguerra —el último estudio—, la de Foucault, Deleuze, Althusser, la de Sartre y sus amigos más enemigos, la de Piglia y Aira, la biblioteca de los filósofos griegos, la de Pessoa, la de Primo Levi, la de Todorov, la de Lacan, la de los filósofos clásicos, la de Veyne, la de antropología, la de economía, los poetas y tantas disciplinas y géneros, tantos temas como los libros que escribí sobre ellos, salvo mi novela, que no tiene bibliografía.

Ahora no estudio, leo a Joseph Roth, hoy le toca a *La leyenda del santo bebedor*, pero haré una pausa para hojear, leer un poco, otro libro de mi biblioteca que esperaba su turno. El diario de Etty Hillesum, mártir de Auschwitz, acompañada en el estante por una biografía de Irène Némirovsky, otra mártir

de Auschwitz, y de Milena Jesenskà, mártir de Ravensbrück. Son tres mujeres, agregaré una cuarta que está en el mismo estante: Ana Frank.

Cuatro mujeres.

Hay un tema para estudiar. Cuatro mujeres mártires, insisto en la palabra “mártir”, porque no se me ocurre que hayan sido solo víctimas de un asesinato, sino mártires, matadas por ser, no por hacer, sino por el mero y bruto hecho de vivir.

Estudiar me alivia del malestar que siento al escribir estas páginas. Pero no me alivia del todo, me juzga. Escribir un diario, o algo parecido, es como mirarse al espejo. Es un acto de poco aguante para cualquiera, no da para más de un vistazo, y tiene algo de obsceno, de exhibición impúdica si se lo hace en público.

¿De qué público hablo si aquí no hay nadie más que yo? Pero no sé por qué, siempre que escribí, publiqué casi todo, y siempre que estudié fue para escribir, casi siempre, porque además fui y soy profesor de filosofía.

\*

No puedo decir que esto que escribo sea póstumo imaginando que los familiares que me sobrevivan buscarán papeles inéditos como se hace con los escritores de fama. Acá no hay nadie, y, sin embargo, estás tú, lector. Escribí “tú”, una cursilería ausente del castellano, no se me ocurre decir “vos”, lector, no me sale el argentinismo, me convierto en maestra de castellano, o en uruguayana, mujer, me suena más el tú de mujer.

Comienzo con Etty. Leo un par de páginas de un prólogo en el que se la califica de mártir. Etty es de Holanda, de Ámsterdam. Recuerdo a unos amigos holandeses de mis padres con los que jugaban al tenis de dobles. Judíos holandeses, gente fina, el hombre hacía yoga sobre el césped de la casa quinta, con la cabeza abajo en una vertical. Era flaco. Industrial textil, también se interesaba por la filosofía, por lo que su producto de ropa interior se llamaba “a priori”.

Vuelvo a mi diario. ¿Se puede tener con el diario, escrito con mayúscula, Diario, una relación tan personal como se la puede tener con nuestra habitación? ¿Una intimidad no vista por otro, una posesión, una propiedad? Hay quienes hablan de su consultorio como de una mascota a la que hay que nutrir de pacientes, no descuidar, se extraña el consultorio como se extraña una ciudad, un barrio, un amigo, algo familiar. Entonces ¿puede decirse “hace tiempo que no abro mi diario, que no escribo en él, extraño mi diario”? ¿Que no se trata de escribir cada día, de atender pacientes, sino del sitio o del espacio en que se lo hace?

No sirvo para escribir un diario. Acabo de meditar de acuerdo con la técnica de uno de los tantos barbudos de la India que me transmitió un gordito, oriental, un maestro de Montevideo discípulo de Maharishi, el gurú de los Beatles –veinte minutos de ojos cerrados y repetición discontinua de un mantra– una vez más hice el recorrido de todos los libros que escribí. En lugar de repetir el mantra, recito los títulos de mis libros. Es impresionante que de 2012 a 2020 haya escrito y publicado, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez libros.

Diez libros en ocho años... uno solo es una novela de no ficción, los otros son de estudio, de Shakespeare a Sartre, de Rorty a Foucault, de Raymond Aron a Tulio Halperín Donghi y Bruno Schulz, de Cioran a Fondane y Chestov. Y los cursos. Clases sobre Artaud, Pessoa, Giorgio Colli, Primo Levi, Hannah Arendt, Gombrowicz. Y mis libros sobre la política nacional. Omm, omm.

Es triste enumerarse, deprimente, justificarse, ¿pero nunca voy a descansar? ¿De qué? El descanso es como el placer. ¿Existe ese momento en que uno se diga a los setenta y cuatro años: “Ya está, lo hice, ahora puedo descansar”? ¿De qué y por qué?, respuesta: de estudiar, y porque no tengo ganas de estudiar más, creo.

\*

Pero un diario es algo que escriben los novelistas, y son capaces de publicarlos en vida. ¿Y quién dice que un diario es un escrito privado? Nadie, solo se me ocurre a mí, no señor, hay diarios con fines públicos, diario para un lector, para todos y para nadie, como decía el más póstumo de los filósofos: Nietzsche.

Volviendo a Etty, el prologuista dice que con el editor decidieron publicar el diario junto con las cartas del campo de concentración, porque no encontraban mayores diferencias entre los dos escritos. Consideraban que el diario era una suerte de epístola dirigida a los amigos y las cartas, un relato de sus vivencias. El diario como correspondencia, escribir un diario para el prójimo, nuevamente Nietzsche, para todos y para nadie.

Justificación del acto de escribir cuando no se estudia.

Terminé otro gran libro de Roth, el del bebedor. Tiene un epílogo de un amigo y periodista que estuvo con él hasta que lo internaron en el hospital. El libro del bebedor es lo último que escribió, y trata de un bebedor que se muere de tanto beber... la vida y el ajenjo. Y en uno de sus últimos encuentros con Roth, en un bar, bebiendo, le cuenta el libro que está escribiendo, y le dice, pregunta y repite si no encuentra divertida la historia, tan divertida como la sintió él mismo mientras la escribía.

Me doy cuenta de que comenzar a leer el martirologio de las cuatro mujeres me va a tirar abajo, es un esfuerzo muy grande, el proyecto es sombrío, denso y largo, como si fuera un estudio, porque no tiene sentido si no se lo hace como un estudio. Leerlas a las cuatro en su cautiverio hasta que dejan la página en blanco porque las matan, leer sus diarios para buscar una única historia, seleccionar imágenes, ideas, párrafos, palabras, ordenarlas, pasarlas en limpio. Demasiado trabajo.

Me acordé de un escritor que admiro: Thomas Bernhard, lo leí con mucha atención hace años, y no hice nada con él. Solo lo leí, no lo estudié. Sus libros sobre el sobrino de Wittgenstein y el del malogrado en el que presenta a Glenn Gould en Salzburgo los usé para escribir sobre el pianista canadiense.

Dije la palabra "usar", no usé a Bernhard, lo usé muy poco. Tengo varios de sus libros, los leí todos y me los olvidé porque no los estudié. Elijo una biografía, un libro sobre su vida, está subrayada, me interesa. Leer porque me gusta, porque me interesa, elegir escritores que me interesan, grandes

escritores, no para usarlos, sino para leerlos, no estudiarlos, pero leer con un lápiz en la mano por si dicen algo que no quiero olvidar, aunque no lo anote y me olvide.

\*

El infierno balcánico. A mi libro sobre los judíos de Rumania lo subtitulé “Autobiografía de mis padres”. Lo rechazaron dos editoriales al rechazar yo cambios en el libro y hay tres que lo están leyendo.

Quizá sea ese el motivo de este paréntesis inconcluso, el de no tener editor para mi libro y no poder cerrar una etapa. Si fuera así, no habría drama ninguno, no más que una demora profesional. Nunca estuve para demoras. Es genético. Lo que me falta no es un paréntesis de la derecha con la panza simétrica, sino un editor.

Si fuera así, no es que no quiera estudiar, sino que no puedo esperar, lo de siempre, lo que llaman ansiedad, lo que los otros llaman ansiedad, porque yo lo llamo *insoportabilidad* del tiempo que se acaba y que Heidegger definió de un modo patético y profundo, cavernoso y alemán, como ser para la muerte.

No estudio porque no siento la energía, la fuerza, para llevar a cabo lo que antes dije sobre el trabajo con lápiz en la mano sobre el libro, y luego la penosa tarea de pasar en hojas A4 lo resaltado. Cientos de hojas enumeradas, manojos de páginas divididas de acuerdo con el libro, carpetas, meses. Dos años, y cuando llego, así es, si llego, pero siempre llego. El libro. Un libro que me salga de las tripas, de los *guts*. Hay dos

palabras en inglés habituales en las series que describen lo que vale un temple bien acerado: *tough* y *guts*. Nosotros decimos “ponele huevo”. Estudio tiene que ver con tripas. Mente y tripas. Tengo las tripas cansadas.

Sigo con Roth, pero no lo estudio. Lo sigo, lo leo. Lo quiero. Lo subrayo poco, lo marco, pero no me llevo las marcas, no me las apropio en hojas para escribir sobre Roth. No me refiero a nombrarlo como ahora, o hablar sobre algunas impresiones, sino a estudiarlo, disecarlo, comerlo, saciarme de Roth. Mi libro de cabecera, el que bordea la arista más cercana de la mesa de luz casi pegada a mi cama, es un epistolario de Joseph Roth.

Estas cartas de Joseph Roth a Stefan Zweig que leía anoche antes de apagar la luz, las de julio del 34, desgarradoras, no tiene un cobre, la ansiedad lo devora, le escribe a su amigo que los editores lo estafan, que lo engañan, y para colmo dicen que el tramposo es él. Le ruega a su amigo que emplee su fama y sus vínculos para que anticipen un dinero que le permita sobrevivir aunque fuere unos meses y terminar dos novelas, o tres, un ensayo, que le eviten escribir como una máquina sin freno notas para periódicos que lo agotan y esterilizan. Zweig le pide no beber y calmar su ansiedad, dejar de telegrafiar a seis editores a la vez, su ansiedad complica todo, embarulla, si no se calma, nadie podrá ayudarle.

Es el intercambio entre un escritor famoso y rico y otro conocido y muy pobre, uno con su principio de realidad activo y el otro arruinado material y espiritualmente. Su esposa está agonizando. Roth muere quebrado, alcohólico, en un hospital en el 39; el sano, exitoso y equilibrado Zweig se mata junto a su esposa en Brasil en el 42.

Ninguno de los dos está a gusto con su judaísmo. Zweig dice que lo mejor que puede suceder es que el judaísmo se disuelva en la cultura europea; Roth dice que a veces es antisemita.

Ayer terminé el *Job* de Roth, escribe como los dioses, inventó una historia trasladando el relato bíblico a una Rusia antes de la primera guerra. Se lee con intensidad. Es trágica. Hay algo en los novelistas judíos que los hace parecidos, como esa otra novela que leí recientemente, la de Wagenstein. *El pentateuco de Isaac*, ¿desde cuándo leo novelas una tras otra?

Desde que no estudio. No puedo dejar de subrayar algún renglón aun en estas novelas, pero la marca se pierde, se la tragan las páginas, no la retengo, no me la llevo. Novelas judías, no de judíos, sino judías, chagallianas, el mismo aroma, color y dolor de las pinturas de Chagall. Judíos circulando por callejas del *shtetel* agachados en las sombras y judíos con escoba volando sobre los tejados.

Así vuelan las maravillas de Roth. Basta media página del libro que compré hace una hora, y digo media página del prólogo a la primera edición, es suficiente para dejar de leer y disfrutar de sus iluminaciones: *Los judíos errantes*, así se llama, y dejarlo para otro momento, retener el placer y postergar su disolución. Lo estoy conociendo, y me dejo llevar por su saber.

Este hombre, Roth, sabe y no puede, es judío, sabe que la causa está perdida. Que el lamento es un ejercicio, hay que hacer de él un fruto delicioso. No se debe escuchar ninguna queja, el lamento no es una queja, no muestra el dolor, ni lo nombra. El lamento es una denuncia. Como en *Job*. El gran personaje bíblico de los filósofos de la existencia.

Una vez que se leyó el *Job* de Roth, quien a su vez leyó el *Job* del Antiguo Testamento, se ve a un Dios que pone a prueba la fe de su súbdito y lo hace haciéndolo sufrir. Lo despoja de lo más querido. A Abraham le pide que mate a su hijo Isaac como muestra de fe, se llama sacrificio. A Job lo arruina en bienes y seres queridos. Si tanto Abraham como Job no renuncian a la fe en Dios a pesar de lo que les sucede, entonces, se verán recompensados con creces. Se puede aflojar o no. Todos sabemos que el sacrificio no viene con una carta que dice: ahora te maldigo, pero si me seguís amando, te pago un viaje al Caribe. Firmado: Dios. No, no es así. Lo primero es creer en algo, en la felicidad, en el amor, en algo, hasta en Dios.

En suma, no vemos mucho misterio en estos relatos: te tienen que pasar las de Caín para que te quieran como a Abel, o algo así.

\*

Hablemos de una de las eternidades con la que creemos salvarnos del dolor. Los maravillosos anestésicos que justifican la vida hasta el momento en que se convierte para algunos –Shakespeare– en una broma macabra.

Es el caso del amor (voy a poner a funcionar la máquina de soplos pensantes, rruuummm... rrruummm... arrancan las ideas).

Se ama para siempre, si no fuera así, no valdría la pena, no vale penar, para qué amar si luego se es despreciado, odiado, ignorado, olvidado. En el momento del amor el tiempo

se disuelve. Amamos y deseamos ser amados para siempre, por padres, madres, hijos, camaradas, amigos, socios (¿amados por un socio?), esposos y esposas, amantes, protegidos. El amor es una declaración de fe. Es el último acto de creencia después del alejamiento de los dioses. Nuestro absoluto.

Escuché a una joven filósofa decir que pertenece a una generación de hijos de padres divorciados que ya saben que el amor no es para siempre. Lo dice como si nada, suelta de cuerpo como los que dicen que hay que vivir el momento. *Carpe diem*. Eliminó de un plumazo la tragedia, o lo más habitual, el drama. ¿Qué es un amor sin drama? ¿Sin pasión? ¿Sin miedo a la separación? Sustituyó el romanticismo por el hedonismo. El goce por el placer. Una vida indolora. Sin quiebre.

Enuncio una ley de la vida: no existe la acción política sin elementos utópicos, ni amor sin intensidades dramáticas.

El amor también tiene sus ingredientes utópicos, me refiero a la felicidad. Nadie ama para ser desdichado, sino para ser feliz. La felicidad existe porque es una esperanza, un insumo básico, una idea regulativa, y como toda idea, tiene un cierto grado de abstracción. Ayer vi en un programa de la CNN, una entrevista de Marcelo Longobardi a Pilar Sordo. Ella me pareció una mujer honesta, enérgica, que decía los lugares comunes de la cultura doméstica al menos sin *streaming* y otras obsesiones de tuiteras, mientras el periodista hacía lo que hacen habitualmente los periodistas argentinos ante quien tiene fama o éxito: se derretía de adulación.

Pero después Pilar se abrigó en el sentido común, y los lugares comunes de una madre sabia. Distinguía alegría de felicidad, en nombre de no satisfacer a los hijos con todo lo

que piden con tal de verlos contentos porque los padres que desean la felicidad de los hijos deberían saber que la felicidad es equilibrio, armonía y paz interior y no ruidoso festejo. Dar los gustos a los hijos les da alegría, pero eso no es la felicidad, es un falso estar felices.

Tiene razón. La felicidad no es lo mismo que estar contento como tampoco el aburrimiento no es lo que se opone a diversión, etcétera; pero eso de la paz interior ni en los cinco minutos antes de morir se consigue. Sobran los ejemplos, como los de mi padre y de mi abuela cuyos finales presencié.

Hablé del amor y de la felicidad, son asuntos del creer, falta de la lista de eternidades el poder... El poder, sí, una musa tramposa, no tiene musa, pero la merecería. Si para los griegos había musas de la seducción, de la persuasión, de la memoria, Peithó, Pistis, Mnemosyne, la de la astucia, Methis, debería haber una del poder.

Al poder siempre le metieron por detrás un reductor para neutralizarlo como fuerza primaria. Fue el engaño y la apariencia en Platón o el inconsciente en Freud, las pasiones tristes de Spinoza, el conocimiento de los epistemólogos o el deseo en Deleuze. Solo Nietzsche, que lo convirtió en voluntad, liberó al poder de sus amarras.

Los que fueron lo suficientemente hábiles para combinar el poder con la felicidad fueron los utilitaristas. Lo llamaron "bienestar". Fueron casi tan inteligentes como los teólogos cristianos que a su vez sumaron el poder con el amor para coronarlo como eternidad.

Hablamos del "siempre". No escribí origen del universo, ni inmortalidad del alma ni sentido total del mundo, como

lo hace Kant en su *Dialéctica trascendental*, no me referí a esas inquietudes que para el filósofo de Königsberg definían la condición humana, sino al amor, la felicidad y el poder. De los tres faltaba el poder. Y había que mencionarlo porque tiene que ver con este asunto del estudio, estudiar para saber, y saber para poder demostrar que se sabe. Porque el saber se aprecia, se paga, da prestigio, condecora, intimida, eso es, intimida. La gente se apichona ante quien sabe. Impone respeto, autoridad, formas suaves del temor.

La filosofía es astuta. No hay frase más hipócrita que “solo sé que nada sé”, y lo digo yo, que la uso como ícono para definir a la filosofía, no deja de ser también una patraña del poder. Es una frase de Sócrates, el que inventó la ironía, o sea, la filosofía occidental. ¿O acaso Buda, Moisés, Confucio eran irónicos?

La ironía es una forma del poder, es vertical, baja de las alturas, por eso irrita, el irónico se cree más que el ironizado. Es una de las formas de la burla. La peor, porque simula. Inmoviliza al ironizado que se pregunta: “¿Me estará hablando en serio?”.

Qué linda es la filosofía, estudiar también.

\*

Ahora leo a Imre Kertész. Está al lado de Roth en la mesa de luz. Lo releo, porque está subrayado. Releer es una amenaza. Cosa de viejos. Los viejos lectores, los profesores jubilados releen porque las novedades los aburren. Son los mismos que dicen que por la edad ya no miran, sino que recuerdan. No estudiar es releer. ¿El estudio nos mantendrá jóvenes?

Tengo un amigo que lee.

Este hombre lee y estudia, por eso le confesé que estaba cansado de estudiar. Se rio. No me cree. Dice que estoy en un paréntesis, que no es la primera vez, le digo que no, que es medio paréntesis con puntos suspensivos. Le digo que no sé qué hacer, y me dice que lea por placer. Me sorprende, como si me hubiera dicho que aprenda sánscrito. ¿Desde cuándo el estudio se tensa entre placer y dolor? Jamás. Este hombre, que es nulo en cultura lacaniana, no sabe lo que es el goce. Esa cosa que aunque duela la hacemos igual porque vale la pena. Es como el vértigo, da miedo y atrae.

Estudiar no es placentero, es todo. Estudiar para escribir o para dar una clase, para lectores y alumnos, no es placentero, adelgaza. Kilo y medio, más o menos. Y deja un vacío. Sentimos la soledad post-curso.

¿Placer? ¿Leer por placer? ¿Para qué? ¿Qué placer? Yo leo a Roth, Joseph, además del otro, Philip, y no me da placer, ¿de qué? No me da placer, me hace pensar, y pensar no tiene que ver con el placer, no es lo mismo que comer, dormir o ir al cine.

“Placer” es una palabra tonta. A los griegos no les importaba el placer, sino el poder, que el mal uso del placer los sometiera a otro. Que la gula, la ninfomanía, la codicia nos pongan en un estado de servidumbre. El placer también era maldito para los cristianos porque nos desviaban del mandato divino. Siempre el poder contra el placer, contra su mal uso. Porque hay un buen uso. El matrimonio, la dieta, el trabajo, la limpieza... el saber... son buenos placeres.

Leer como buen placer, pero para mí es un mal uso del placer. Leo para gozar, o sea, para estudiar. Si quiero placer,

boludeo. Escucho por tele programas deportivos, noticieros en que las vedettes me hablan del Merval, me informo de las últimas novedades de la farándula, miro el canal de cocina y sigo las enseñanzas de los Petersen, de Verónica Zumalacárregui, y ni siquiera sigo los partidos de fútbol. Porque al fútbol yo lo estudio, estudio casi todo, no solo los libros.

Lo que no estudio me da placer, y a veces me aburre. El placer termina en el aburrimento. Es una cuestión de tiempo. Pero quien estudia nunca se aburre, es una adicción, siempre se quiere estudiar y saber más.

\*

Ahora el e-book. Para hablar de libros digitales antes debo hablar de estudiar, y para hablar de estudiar tengo que mencionar a mi proyecto de estudio de la Década Infame. Me hartó. Me cansé. De 1929 a 1943, gran época, en el mundo, en nuestro país fue una pequeña época decisiva. Pequeña por lo mediocre, lo cobarde, la falta de grandeza, de ambición, y, al mismo tiempo, fue crucial, determinante.

Tuve una idea, de esas que da el estudio: un texto de filosofía escrito como mural. Surge con un protagonista de la Década Infame: Siqueiros, que le pintó un horrible mural al sótano de la quinta de los Botana. Horrible, pero los de Rivera y Orozco son maravillosos.

Se me ocurrió describir mi trabajo filosófico como un mural. Es una historia horizontal, simultánea, como un fresco, me gusta más mural. Todo se ve en un recorrido, hay que moverse, desplazarse como en la anamorfosis. Un mural

no tiene significado, es un recorrido. Si alguien viaja y nos cuenta su viaje, no le preguntamos qué quiere decir, sino que nos cuente lo que vio. Es más geografía que historia, la narración es visual, por eso la filosofía es literatura, pero al tener ideas, no es ficción, es imaginativa pero no fantasiosa.

No inventa, expande. Y digo mural y no cine. No hay sucesión, sino simultaneidad móvil.

Con la Década Infame, me propuse lo mismo. Salir de la política, no dejarla del todo pero correrla a un costado, “deconstruir” la palabra “infame”, y ver qué pasa. Insistí en lo no infame, en lo que merece “fama” (hermoso juego semántico de Foucault para diferenciar la vida infame de las vidas ilustres de Plutarco), es decir, en la arquitectura, en la pintura, en la fotografía, en la literatura, en la moda, en la visita de García Lorca, en el ensayo filosófico, además de analizar lo más tradicional, la economía y la política.

Me dediqué a estudiar la Década Infame en tiempos de pandemia con un zoom semanal con amigos. Mi casa está llena de libros, unos que tenía, otros que compré. Habrá unos cien libros desparramados. Un mural requiere mucha información dispersa. De Xul Solar al presidente Justo, de Bustillo a Lisandro de la Torre, de Alfonsina Storni y Roberto Arlt al pacto Roca-Runciman, de Manuel Fresco y Salamone a Guillermo Facio Hebequer, de Juan L. Ortiz a Irigoyen, de Saderman y Coppola a Félix Weil, de Tita Merello y Olinda Bozán a la venta de los terrenos del Palomar, de la película *Tango* a Federico Pinedo, de los Botana a Bernabé Ferreyra. Un mural.

Muchos libros para estudiar, resumir, encarpetar, para pensar y escribir. Y me cansé, no sé por qué. En parte porque

estoy cansado de estudiar, y porque siento que no vale la pena el esfuerzo. ¿Para qué? Todo bajito, mezquino, negocio al por menor en un país periférico, cada vez más chico, alejado de los centros de poder, que una vez que el mundo dejó de comer su carne, se le desinfló el cerebro. Estudiar para nadie y escribir un libro para alguno.

¿Cuánto más se puede decir sobre historia argentina? Es una grasa saturada. Busco vetas, algo interesante. Por ejemplo, la cuestión de la identidad argentina, tema que pienso que es de la época. En el momento en que se detiene el proceso inmigratorio que transformó a la Argentina, la que produjo una mutación cultural entre 1870 y 1920, cuando ya hay argentinos de al menos una generación y se habla argentino y no cocoliche, surge la pregunta sobre el ser nacional.

Buena pregunta, era hora. Cuando en las grandes ciudades la mayoría de la población era extranjera como en Buenos Aires y el Litoral, a los argentinos había que hacerlos, y la pasta que había que hornear era la que venía con spaghetti, cholgas, pizza, jamones, *gefilte fish* y chucrut. Además del asado, las empanadas y el mate.

Ya en la década del treinta se podía decir que la mesa estaba servida. Y cuando todo está dispuesto para comer, alguien toca una campanita y pide una oración. La plegaria está a cargo de Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada y Eduardo Mallea. Tres plomos éticos. Corrientes y Esmeralda, la Pampa y la Bahía del silencio.

Tres letanías, tres melancolías en un lenguaje que lima lo cursi. La buena literatura se genera en los periodistas,

como lo fueron Sarmiento y Eduardo Gutiérrez en el siglo XIX. Es el caso de Arlt.

Sigo con la *Década Infame*.

Sus *Aguafuertes* son directas, inteligentes, humorísticas. Se define a sí mismo como un pesimista jovial, mezcla bienaventurada. Y se nota en sus columnas. Pero, y aquí comienza el adversativo, cuando hace literatura es otro Arlt, usa otro vocabulario. Y para insistir en los adversativos, si se le agrega todo lo que se dijo, se dice y se dirá sobre Roberto Arlt, todas las tesis y ensayos sobre su obra, sobre sus prostíbulos que financian una conquista de poder político, sobre sus medias vulcanizadas, sobre su astrólogo, sobre la conjunción entre sexo, dinero y traición, y dale que dale con el empaste. ¿Cuánto más se puede decir sobre un escritor cuyos siete locos son tan obvios y caricaturales? Un Erdosain que no logra ser personaje, que es otro prototipo de la fragua de un escritor cuyo único personaje logrado es él mismo como cronista y no esas sombras literarias sin cuerpo ni vida. Personajes atractivos para licenciados en letras y buscadores de *antiestablishment*.

\*

Kindle o no Kindle.

Yo leo, luego existo.

Yo soy del libro, lo que quiere decir muchas cosas. Que el libro es mi tercer brazo, mi tercer ojo, mi compañero, mi prótesis, una de las tres cosas que para Sarmiento justificaban una vida: el árbol, el hijo y el libro. Del árbol se ocupa

mi esposa, que es paisajista, y de los hijos nos ocupamos los dos, de los de ella y de los míos. De los nietos lo mismo. Y de los libros, yo solo.

Conozco a un amigo que decapita libros. Tiene una guillotina. Vive en Israel, fue profesor de filosofía. Archiva en su computadora medio millón de libros. Tiene un escáner que copia cien páginas en segundos. Y una guillotina. Pide un libro por correo o lo compra en librerías. Lo pone en la guillotina y le extirpa los lomos, tapa y contratapa, luego coloca las hojas del libro, baja el filo y secciona los márgenes para reducirlo a la superficie del escáner. Lo registra y va a la memoria de su computadora. Decapitó a toda su anterior biblioteca. Así los puede leer en las pantallas de los dispositivos que están conectados en red. Los lee en la computadora de escritorio, en una notebook y en una tableta, cómo más le convenga. Pichón de Robespierre.

Conozco a otro amigo, un escritor que hace años se deshizo de su biblioteca porque viajaba mucho, era nómada, y ya no quería cargar con el peso de sus libros. Lee en formato digital y los libros en papel lo repelen. No entiende cómo se puede leer libros materiales en lugar de los virtuales, me imagino que se pueden llamar así, virtuales.

El de Israel, Haifa, me asegura que las ventajas son muchas, por ejemplo la letra, lee con el tamaño de caracteres que más le gusta, los varía o no, y le evita someterse a la tipografía que le imponen los editores. Me lo presenta como una lectura anti-sistema, de resistencia. El otro me dice que una editorial le ha enviado un libro escrito por un amigo y le ha pedido a la casa matriz que, por favor, no lo haga más

porque no puede leer en papel. Me aconseja que debo abandonar la costumbre de leer libros carnales porque no sirven para nada, por el contrario, hay que abrir el libro, cerrarlo, acordarse de la página en que lo dejamos, y, lo que me sorprendió es que me dijera que los libros, además, tienen olor, se ensucian y se deterioran.

Ahora el argumento antilibro ya es higienista.

Platón en el *Fedro* descalifica al hecho de escribir porque la escritura es una prostituta. Pensaba que a sus diálogos escritos los podía leer cualquiera, circulaban de mano en mano, bastaba un dinero para poseerlos, como una puta o una cortesana barata. Lo que no imaginó Platón es que la acusación de corruptible no la tuviera la escritura, sino su envase; no el mensaje, sino el medio por el que circula.

Viajo seguido a Colonia del Sacramento, donde tengo mi residencia secundaria, la granja de bambúes y seis burros, además de dos pavos reales, gansos, patos, gallinas, ovejas, cabras, diez vacas holando y dos jersey, una yegua, dos faisanes, dos pavos plebeyos, dos gatos, tres perros, en medio de colibríes, cotorras, búhos, chicharras, zorzales, teros, ranas, culebras, mariposas, vaquitas de san Antonio, gatas peludas, arañas y una mesa en donde apoyar mi computadora, más los estantes en donde alineo todos los libros.

Para una estadía prolongada llevo, por lo general, unos treinta o cuarenta libros en mi auto, metidos en una valija y sueltos en el baúl y los asientos. Eso cuando estudio, es decir, desde siempre, en los últimos treinta y seis años desde que voy a Colonia del Sacramento, patrimonio cultural, o sea también libresco, de la humanidad.

Hablaré de mi rutina. Estudiar es lo que hago todas las tardes, lo que significa leer, subrayar, pasar lo subrayado a hojas A4 separadas por título de libro, luego comprimo las resmas de hojas con las citas reproducidas con birome, a menos páginas en las que sintetizo en ese tipo de fichas –para llamarlo de un modo tradicional–, una labor, una tarea, un trabajo, concomitante con anotaciones aleatorias en carnets o agendas que, por lo general, llevo conmigo, incluso en mis caminatas, por si se me ocurre alguna idea.

También escribo, lo hago por las mañanas, la escritura nace una vez que tengo todo miniaturizado e impreso en mi masa cerebral que actúa como una esponja que absorbe una vida compartida con un tema durante meses, hasta más o menos dos años promedio, con un único objetivo del que no me aparto.

Es mi trabajo filosófico. Cada libro que escribo tiene su bibliografía y sus estantes correspondientes en mi biblioteca, que es grande, fue creciendo, no sé cuántos libros tienen, y están en mi oficina, adosadas a la pared en tres ambientes. Una biblioteca iluminada por luz natural, porque no soy rata de biblioteca sino ave que necesita aire, brisa, grandes ventanas.

Tengo un afiche enmarcado y ahora guardado de una publicidad de American Express en el que se ve un acantilado en una playa frente al océano sobre el que está clavada en la roca una enorme y larguísima biblioteca con un silloncito delante. Miles de libros detrás, el mar delante, el cielo por todas partes. El paraíso del lector. En realidad, un paraíso mal pensado, puede ser soñado pero inútil, al menos para mí, cuando

estoy frente al mar miro el mar y dejo el libro. Son momentos preciosos en donde un lector empedernido como yo, puede usar los ojos para otra cosa que recorrer el alfabeto.

Cuando voy al baño, lo hago con un libro. Cuando salgo a tomar un café, lo hago con un libro. Cuando veo televisión, lo hago con un libro. Uso el televisor como una radio y leo. En mi mesa de luz hay muchos libros. Amo los libros con pasión. No concibo mi vida sin libros. Toco los libros, los agarro, los leo, muchas veces al abrirlos sale una voz. La voz de Paul Veyne tiene cara de libro, la de Sartre, Foucault, Pessoa, cientos de autores tienen cara de libros, por eso los miro. Cientos de libros tienen cara de autor. Yo miro los libros de mi biblioteca. Descubro libros olvidados, pierdo de vista libros reubicados, conozco de memoria en donde están, son mis libros, debo saberlo, yo mismo los ordené.

Me he mudado muchas veces, los estantes con los libros son mi equipaje existencial. Los camiones de las mudadoras se llenaban de cajas con libros. Mi ropa la llevo en el auto. Los muebles no cuentan.

No presto libros, puedo prestar dinero pero no libros, es como prestar un hijo o un árbol, para seguir con el manual del padre del aula. Soy mis libros. Estoy por llorar de emoción. Ya diré por qué. En un divorcio, antes de tomar una decisión tan importante, me di cuenta de que lo primero que debía hacer es encontrar un lugar para mudar los libros. Una vez que lo hice, puse mi ropa en un bolso y me fui. Llamé a la mudadora para que desclavara los estantes y metiera los libros en cajas para transportarlos a su nuevo lugar, supe que no iba a la calle, sino a mi nuevo hogar.

No concibo mi hogar sin mis libros, y mi oficina es la parte trasera de mi hogar, ya sea adosado o a unas pocas cuadras de mi nuevo domicilio.

Si no estudio, leo, como ahora, y leo al azar, a mis favoritos o a los que descubro, y comento lo aleatorio de mis lecturas en estas páginas, pero para eso debo recorrer los estantes de mi biblioteca y sacar el libro que quiero leer en el momento. Pero si viajo a Colonia del Sacramento sin plan de estudio y sin llevar todos mis libros, no podré elegir algunos de ellos porque no sé qué querré leer en cualquier momento. No me puedo llevar una biblioteca. Mi esposa insiste en que tiene la solución: Kindle. Un hermoso regalo para mi cumpleaños.

Ya dije que me dan ganas de llorar. No lo siento como un cambio de tecnología, sino como un exilio, un éxodo. Una despedida. Un adiós.

Por favor no me digan que hago demasiado espanto. No me humillen. Se lo digo a mi otro yo bautizado como el superyó que los representa, es vuestro agente moral. Soy muy selectivo para elegir un libro. Leo poco en castellano. Por razones de trabajo, repito, mis idiomas son el francés y el inglés. No entro a una librería y elijo al azar una novela. Aunque no estudie, soy un estudioso. Escribí un libro que se llama *Historia de una biblioteca*, de la mía, es una historia de la filosofía guiado por mis libros. Recuerdo que al comienzo escribí que la biblioteca es el cuerpo del aficionado a la filosofía. ¿Qué es un caracol o una tortuga sin caparazón?

Sé que todo tiene solución salvo lo que no lo tiene y hasta que conserve el sentido de la vista podré leer y mientras pueda comprarme una tableta también podré leer, no me la

voy a comprar, me la regala mi esposa, que está entusiasmada con el cambio, para ella de formato; para mí, de vida. De acuerdo, se talarán menos árboles. Argumento ecológico sumado al higiénico y al de la libertad entendida como control sobre el formato de lectura.

No sé qué reacción tendría, ella, arquitecta de paisajes, si le dijera que desde ahora se le prohibirá plantar árboles salvo que sean bonsái, miniatura que aborrece y le duele en el alma.

Para mí un e-book es un bonsái.

\*

Hablando con el único amigo que tengo que aún lee, me habló de Fernando Vallejo, escritor colombiano, como otro ejemplo de escritor que escribe contra sus connacionales y contra su país.

Lo acabo de llamar para comentarle que encontré en mi estante algo que sospechaba, que yo había visto el lomo y la tapa de un libro de Vallejo, en efecto, es una compilación de notas, y le dije después de comenzar a leerlo que fue todo un descubrimiento para mí este escritor colombiano de un coraje poco común, un desparpajo y una agresividad tan estimulante, tan bella, tan cruda y directa, tan bestial, que no me lo imaginaba argentino, que acá en nuestro medio no sé qué le hubieran hecho.

Me contestó que hubiera padecido una operación de “cancelación”, no entiendo, le dije, ¿qué es eso?, hace poco leí esa palabra no sé en dónde o en qué soporte, de una discusión sobre cancelación en la que no me detuve, y me explicó

mi amigo que es un acuerdo en borrar del mapa y de la tierra la existencia de alguien mediante la supresión de su nombre. Un ninguneo concertado que comenzó, así me lo dijo, en organizaciones feministas.

Es una especie de escrache al revés, en lugar de señalar y marcar, borrar. No sé qué le hubiera pasado en nuestro medio, pero no importa, no es el tema, a nadie le importa. Lo que sí rescato es el artículo que publicó sobre su colega y connacional, García Márquez, otro maestro del idioma, pero que esta vez, por Vallejo, es arrastrado por el polvo en este escrito que se llama *Cursillo de orientación ideológica para García Márquez*. Es extraordinario. Cuenta su primer viaje a La Habana en la que Vallejo paseando encuentra a una belleza de dieciséis años, un jovencito de ojos verdes, con el que tranza y se quieren ir al hotel para encamarse pero no pueden siquiera circular por las avenidas, tantos ojos de espías, policías, agentes de seguridad, personal al servicio del régimen y buchones hay que no tienen en dónde ni cómo aliviar sus recíprocas erecciones. A partir de este deseo un poco pedófilo a la André Gide más Michel Foucault en las colonias, con hambre de carne tierna, describe una sociedad policial y su escudero literario galardonado sin pausa.

¡Qué libertad de espíritu tiene este hombre! Parresiasta como ninguno. Mi amigo me recomienda leer ahora una conferencia que dio sobre el Quijote, es lo que haré en este momento. Pausa.

He leído la conferencia de Vallejo en Berlín, otras que dio en Antioquía, vi en YouTube una entrevista reciente, y sigo con la misma opinión de Vallejo. Es un librepensador

colombiano que dice lo que se le ocurre y se le ocurren muchas cosas que, por lo general, nada tienen que ver con el tema al que lo invitan a disertar.

Es ingenioso, nuevamente digo valiente, culto y simpático. Tiene sus obsesiones como la maldita Iglesia papal, la matanza de animales, la reproducción humana. Está en contra de los nacimientos, en contra de los cementerios, en contra de todos los políticos, de los presidentes y expresidentes de Colombia y tiene una voz cascada. Tiene flacura de vegano y anticipa la desaparición del libro, lo que es una cuestión que yo también traje aparejada en su formato papel, lomo y tapa. Su matriz de códice.

No hay como tener un nuevo amigo literario. Con los filósofos o los historiadores es mucho más difícil porque su prosa erudita impone una distancia que aleja. Es la separación del respeto. Hay excepciones como la de Paul Veyne, cuya sabiduría sobre la antigüedad la rompe todo el tiempo con oraciones de buen vecino, humor generoso y ejemplos cercanos. Pero con Vallejo encontré un nuevo amigo, con este colombiano y mejicano, antipapista, ateo y homosexual, como dice Wikipedia, malthusiano rabioso.

\*

Me da pena no estudiar. Percibo el daño, porque en cada cosa hay beneficios y daños. El beneficio es el placer que me da leer lo que quiero y lo que quiero es interesante, descubro autores que no conocía, le sigo las pisadas, compro sus libros, de uno me lleva al otro, los comparo con sus semejantes y

antinómicos, pienso, se me ocurren cosas, ideas, sigo adelante, pero no retengo. Se me van, no los atrapo, para meterlos en mi jaula de oro debo subrayar lo que quiero conservar, y extraerlo del libro para pasarlo a mis agendas o a mis hojas, acumular párrafos, y llevarlos a mi mente.

En ese momento mi mente actúa como una coctelera, bate las palabras de otros y hace nacer las mías. Estudiar, eso es estudiar, es leer y escribir, y no lo hago, porque leo por placer, solo por placer. Y me disperso sin retención. Estudiar implica el doble movimiento de la dispersión y de la retención. Como si las ideas fueran ovejas que se las suelta para que correen por la pradera, comen pasto y a la caída del sol vuelven al corral. Con el tiempo, en los comienzos del verano, se hace la esquila. La lana es el libro escrito. Así, quien estudia es un pastor. Pero al solo leer lo que me gusta sin estudiar, ya no son ovejas, para seguir con el paisaje pastoril, sino cabras, las ideas van para cualquier lado, suben y bajan, saltan los alambrados y no hay quien las atrape.

Estoy leyendo varios libros a la vez. De Vallejo, sus memorias de infancia, de Bernhard su autobiografía de infancia, quiero cotejarlos, el latino de Antioquía y el centroeuropeo de Salzburgo, finalmente nacieron con no más de diez años de diferencia, pero se me cruzó un personaje inesperado. Mirando libros al pasar por los estantes de mi biblioteca, descubro a un desconocido, a veces ocurre. ¿Cómo llegó allí? El título es *Judío errante*, en francés, de Albert Londres, nombre extraño, acá lo tengo: *Le juif errant est arrivé*. Es un libro hermoso, una edición del año treinta del siglo pasado, con un dibujo resaltado en la tapa, que se puede despegar si se quisiera, de un

judío ortodoxo con patillas y barbas con su ropa negra hasta los tobillos y una sábana colgada en su espalda con la que envuelve todo lo que tiene.

No creo que se dibuje forma alguna de este periplo de lecturas. No tengo una idea ni un proyecto. Me dejo llevar por el proceso de lectura y de esta escritura. Leo sin subrayar, al menos esta mañana. Me gusta leer en francés, lo disfruto, es un placer que no tengo con el inglés. Lo entiendo, pero la lectura es más lenta, no es como el francés que a veces no sé en qué leo, si en castellano o en francés, me es natural, me lo hice natural. Siento que al menos en la escritura también me hice del castellano algo natural. Escribía mal en castellano, con torpeza y pobreza. Lo recuerdo de la secundaria. Mi vocabulario era pobre, a pesar de que desde los dieciséis años leía, me rodeaba de libros y revistas literarias. Mis profesores particulares de francés e inglés me daban materiales de lectura, pero en sus idiomas.

Subrayaba los libros de filosofía, todavía me quedan algunos de la adolescencia. En los márgenes de la derecha de la página, hay puntitos negros con lápiz. Remiten a las palabras en castellano que no entendía. Eran muchas y no tan complicadas, si no de la lengua coloquial sí de una prosa ordinaria. Debe ser porque mi familia hablaba en húngaro, y el castellano que hablaban conmigo era de inmigrantes con idioma sencillo, y a veces defectuoso.

En la escuela hablaba en castellano pero leía con diccionario y escribía mal. Conquisté el castellano en la India, fue mi primer escrito, el de la descripción de mis impresiones de Benares, en donde viví un mes a los veinticinco años.

Me sorprende que el breve texto esté aceptablemente bien escrito. No sé de dónde saqué el vocabulario, quizá de mi novia de entonces que tenía buen vocabulario. Nos hicimos compañía ocho años, algo debo haber aprendido, estudiábamos juntos y con frecuencia leíamos los mismos libros.

No solo había puntos en los márgenes para palabras ignotas, sino llaves, esas dos semicurvas con pequeño cierre en los dos finales que hoy ya ni hago. Me quedaron de esa época los corchetes, más simples y directos, rectos en su vertical y dos cortes horizontales en las puntas. Señalan los pasajes seleccionados que no merecen el premio mayor: el subrayado.

\*

Ayer fue domingo primero de noviembre a siete meses y una semana de pandemia. Fue una mañana reflexiva en la que mi mujer me quiso hablar. No le es fácil. Me habló de algo muy íntimo que sentía, y, como es habitual, me preguntó si no me molestaba que me lo dijera. Sabía que iba a ser algo triste. Me dijo que sintió la soledad de la vejez. Escuché. Se sabe. Los viejos se van quedando solos. Mis mecanismos de defensa se pusieron en acción, es decir, pensé en contestar, en amortiguar, en compensar, en equilibrar, en no rendirme, en no aceptar.

Dije que era cierto, no estaba mal como estrategia, para no aceptar acepté, para no parecer un desesperado que huye, bancar. Una vez recibido el mensaje, comencé a contextualizar, magnífica maniobra habitual de los sociólogos que incluyen un hecho en un perímetro mayor, un contenedor,

para supuestamente darle un sentido, o, a veces para ablandarlo, restarle eficacia y filo, mocharlo.

Le dije una estupidez, que todo el mundo estaba solo, no en el sentido de la filosofía existencial, no estoy senil, no hablo del ser para la muerte ni de que morimos solos, no cité una obra de Sartre, me referí a que la pandemia y la cuarentena o semicuarentena, o la veintena en la que vivimos hace más de treinta semanas, marca a toda la humanidad.

Nuestra soledad era compartida por la humanidad. Después de ese respiro, dije que sí, que la edad aísla, y que los hijos, de eso también había que hablar, tenían su propia familia, su propia vida, y que nosotros, sus padres, dejábamos de ser prioritarios. Me habló de su angustia, lo que casi nunca hace, tiene el pudor de su familia de origen, alemán, la educaron para retener sus sentimientos, aunque también es cierto que después de treinta y seis años de relación la ablandé con mi dramatismo judío. Toma vino y come pescado, lo que antes no hacía, y me habla de su angustia, no la llama “angustia”, es un término ausente de su vocabulario. “Estoy triste”, le es más fácil decirlo así.

Yo seguí explicando, que es lo que sé hacer. Me he dedicado a explicar, es la tarea docente de los profesores, y me jubilé de profesor de filosofía con aportes durante cuatro décadas. Le expliqué que los hijos hacen su vida y que lo que esperan de nosotros es que no les causemos problemas.

Soy padre, soy abuelo, y hasta hace menos de un año he sido hijo de una madre que murió a los noventa y cinco, y hace cinco años mi padre murió a los noventa y cuatro. El pasaje algo repentino de hijo a viejo me llama la atención, no

es tan habitual, fui un hijo viejo, y a los setenta y tres años y once meses tengo una hija de cincuenta y dos, en otro país. Fui padre joven e hijo viejo. Ahora solo padre y abuelo.

Pero hay otras hijas más jóvenes, más cerca, en Argentina, con sus esposos y sus hijos, y sus ocios, y sus domingos, sin nosotros, que estamos entre nosotros, los dos en casa, hace siete meses y una semana, con pocos y esporádicos encuentros con la familia. Siempre con barbijo y sin abrazos ni besos. Como ayer, domingo, en el que le dije a C que no nos podíamos quejar, aclaración optimista, agradecida, que las hijas nos llamaban todos los días, la de Chacarita, la de Belgrano, la de Londres, la de Barcelona, por lo que su presencia no menguaba. Me dijo que no era lo mismo, que verlos y no verlos no era lo mismo, pero no me rendí. Acepté, dije que era cierto, que no era lo mismo, pero que tampoco era una ausencia, era otro tipo de presencia.

La manía de encontrarle un pelo al huevo para no deprimirnos de a dos, cosa que espanta, se trata del sube y baja, cuando uno baja, el otro sube, para que siga el juego. Jóvenes y viejos, la guerra del cerdo que se propagó estos meses, ese tema de que no hay camas para todos ni respiradores y que había que elegir entre alguien con futuro y otro con pasado. Muchos zoom y conferencias *on line* se dispararon sobre este tema, intervinieron rabinos, filósofos y pastores junto a otros incompetentes.

Yo, por si acaso, me cuido todo lo que puedo. Me alegra que estos días en Nueva Zelanda se haya aprobado una ley para la eutanasia, no entiendo por qué rechazaron otra ley para legalizar el consumo de marihuana. Por lo que nadie se puede morir fumando un porro.

Ayer domingo, además, después de la conversación sobre la soledad de la vejez, me dediqué a leer –estudiar un poco– cuestiones argentinas ya que el zoom de filosofía que se me ocurrió organizar desde fin de marzo, comienzo de la pandemia, dedicará este viernes una charla sobre la literatura argentina durante la Década Infame. La disertante es Claudia, versará sobre Arlt y Borges. Estamos de acuerdo con ella en que el Arlt que vale la pena es el de las aguafuertes y no el de las novelas, a contracorriente de la historia oficial. Por lo que me puse a revisar y seleccionar lo que tenía subrayado hace algunos meses cuando aún estudiaba el período antes de largar la toalla. Diana Guerrero, Carlos Correas, José Amícola, Juan José Sebreli, Sylvia Saíta, Oscar Masotta, Raúl Parra, son referentes bibliográficos más que suficientes para Arlt.

\*

Mi admiración por Vallejo está mitigada. Este asunto de escribir novelas mete a más de uno en un universo de fantasía, y la fantasía es aburrida, salvo en los niños y en los que saben contarles cuentos hermosos a los niños. Pero cuando un adulto inventa un cuento de hadas para que lo lea otro adulto y se mecen los dos en ese infantilismo senil, deprime, lo real perfora esa protección de pureza regresiva.

Ser novelista es la ilusión de más de un cronista, le permite ingresar en el monte Parnaso, en la literatura, en el Arte. Los artículos periodísticos de Vallejo, sus columnas en revistas, sus conferencias en coloquios son inteligentes, valientes,

percutantes, graciosos. Su novela autobiográfica *Los días azules*, al menos hasta la página 59, es un bodrio. Su familia extendida, sus gallinazos, su abuelo pintoresco, no pasa nada, anécdotas de familia, ni una observación inteligente, ninguna mirada sorprendente, pero eso sí, muchas palabras que solo en la literatura se usan, un vocabulario rico inexistente en la oralidad. Vallejo en la novela, al menos en esta, perdió su tono, su voz, su existencia.

Uno se agarra calenturas con escritores como se las agarra con mujeres y con jugadores de fútbol, luego la calentura puede enfriarse, bajar, revertirse en rencor o convertirse en admiración. Vallejo no deja de gustarme, ese trabajo sobre García Márquez es soberbio, lo que me gasta un poco la paciencia son sus fobias, no digo principios ni posiciones políticas sino sus gustos y fobias. Las tiene más de uno. Que sea malthusiano, que diga que sobra la gente, que dar a luz a nuevos retoños es un crimen, me parece una idiotez. Ser padre o madre es una gloria, nos saca un amor infinito, y a los que no se los saca que se jodan, la pena es que también joden al niño.

Condenar el nacimiento es una estupidez, más allá de una contradicción porque lo menos que podemos hacer es matarnos si queremos que haya más lugar en la tierra y así anular nuestro inmerecido nacimiento, pero no me interesan los vericuetos lógicos, estoy a favor de las paradojas. Pero, además, hacer una descripción sensual, amorosa, cariñosa, plena de amor, a una criatura milagrosa que le alegra la vida cada día, me refiero a su perra gran danés al tiempo que echa a los bebés del mundo, la verdad, es que no solo no me conmueve, sino que me parece de pobre de espíritu.

Mi plan era confrontar su novela autobiográfica *Los días azules* con la novela autobiográfica del austríaco Thomas Bernhard, *Origen*. Esta última la estoy relejendo, me olvidé de mi primera lectura, y la intensa dramaticidad de la niñez bajo el nazismo con su ambiente de internado bajo régimen militar comparado a las correrías de un abuelo colombiano con poco encanto salvo sus travesuras candorosas, no da el piné.

Lo que les es común a ambos escritores es que los dos consideren que es un crimen tener un hijo, creo que, además, ninguno los tuvo, es una actitud racionalista sumergida en jarabe negro. Para eso menos literatura porque tenemos a los chinos que fusilan a quienes infringen la ley de no más que uno y cometen infanticidio femenino matando a las recién nacidas. La literatura tampoco da el piné con su arte frente a la sangre fresca y a la vista.

\*

Ayer tuve la necesidad de filosofía. Fue una sensación extraña. Eso de leer varias novelas a la vez, a Bernhard, a Albert Londres, Vallejo, Roth, y de no estudiar, me hizo sentir un escozor a la noche antes de acostarme, una ligera punción endodérmica, de falta de filosofía. Necesitaba una dosis de filosofía. Fui al estante de la biblioteca de mi dormitorio en la que hay libros rejuntados para buscar a Lucien Jerphagnon, un viejo profesor y erudito de filosofía antigua, muy buen escritor, amigable, que piensa las ideas con la poesía del pensador, del que sopesa en una balanza bien calibrada los

pensamientos de los filósofos, y que sabe de distancias, del cerca y lejos de quien lee a los antiguos.

No lo encontré, debo haberlo llevado a mi oficina. Mañana tengo el plan de meter a toda la Década Infame en dos valijas y devolverlos a sus estantes respectivos, si las lumbares me ayudan, y traer alguna cosita filosófica para cuando me dé hambre de ideas.

La filosofía me da una energía que no me da la literatura, salvo que el escritor tenga una vena filosofante, como Bernhard, que la tiene. No me refiero a escritores que mezclan en la trama novelesca un debate de ideas entre personajes cultos, intelectuales, personajes más o menos brillantes, Thomas Mann o Herman Hesse, para lo más, Ricardo Piglia o Leopoldo Marechal, para lo menos. Sino a la vena filosófica inmanente a la escritura, que se aprecia en el escritor que no necesita debatir ideas en general, porque su pensamiento es inseparable de la observación.

Recordé que tenía en casa *Diferencia y repetición*, de Gilles Deleuze, un libro que he leído más de una vez porque no lo entiendo del todo, hay cosas que sí, otras que no, que me da energía hasta que me cansa porque sus referencias son infinitas, de Leibniz a Freud, de Aristóteles a Jakobson, de las matemáticas y la lógica a Proust. Demasiado, hay que saber todo lo que él sabe para seguirlo.

Con Lucien Jerphagnon no sucede lo mismo, como tampoco con Paul Veyne, un pariente suyo en el modo de acercarse a la antigüedad aunque Veyne es más vital y joven de espíritu, no me exigen un saber enciclopédico para aprovechar su erudición, me transmiten conocimiento sin apabullarme.

Uno de los penosos recursos de los filósofos franceses, de muchos de ellos, es que hacen demostración de su virtuosismo bibliográfico y humillan al lector que se sobreexige para estar a la altura del autor. Y por lo general rara vez consigue su objetivo, por lo que con el tiempo, será domesticado por su irresuelta labor hermenéutica y se convertirá en ese tipo de discípulo que jamás aprueba el examen salvo el de humilde servidor.

\*

Traje dos valijas llenas de libros a mi oficina en la que estoy ahora y los coloqué en los estantes. Son los de historia argentina, la que se encuadra en la Década Infame. Mi casa quedó vacía de libros nacionales salvo un par de Borges, que es universal, y las aguafuertes de Arlt, que son porteñas. Ayer recibí mi regalo anticipado de cumpleaños, el kindle. Es pequeño, ni siquiera puedo decir que es chico, pero es pequeño, me cabe en la palma de la mano, como un gorrión. Quizá lo bautice “gorrión”. Sustituye a mis miles de libros que son mi vida. No lo sé usar, al menos cargué su batería, mi única esperanza es el entusiasmo de algunos usuarios que conozco que dicen que me va a cambiar la vida, que los libros son sucios e incómodos y otras frases que me deprimen. Me hacen pensar en todos los años que tengo y en el libro que no encuentra editores, mi último libro, *Sinagogas con candado*, del que espero alguna respuesta de los editores que lo leen. Mis últimos editores lo rechazaron, uno por mi rechazo a sus recomendaciones groseras, y el otro porque no le

interesó, supongo. Todos hablan de un ochenta por ciento de menos publicaciones por la pandemia.

Escucho radio con una radio portátil a rosca, soy de la rosca, se dice analógico, pero no me voy a poner a llorar porque lea en el futuro con kindle y le saquen el subrayado de las páginas de los libros porque no olvido que no tengo ganas de estudiar, y sin estudio la necesidad de libros físicos y de trabajo con minas de carbón para resaltar párrafos y la birome para anotar citas en hojas A4, se hace superfluo.

Lo que sí me inquieta es que no publiquen mi último libro, mi libro judío, mi libro antirrumano, la autobiografía de mis padres, eso sí me entristece a pesar de que firme contrato con la editorial digital que publicará mi primer libro electrónico. Nada que ver con mi libro sobre el cuasigenocidio en Rumania, es una colección de conferencias escritas que están bien, pero es otra cosa, de un grado menor.

Y también me entristece que lo que estoy escribiendo ahora en este momento no lo lea nadie, porque me he dedicado desde mi primer escrito publicado en 1979, hace cuarenta y un años, a que cada cosa que escribo no solo se publique, sino que tenga destinatario de publicación. Y lo que no fue publicado por editoriales, lo subí—así se dice— a mi blog “Pan Rayado” o a mi muro de Facebook o lo publiqué en diarios, nunca para mí.

Una vez que lo leyó otro son para mí, siempre.

¿Qué sentido tiene escribir? No digo qué sentido tiene escribir “para uno”, sino totalmente intransitivo el qué sentido tiene escribir, como quién dice qué sentido tiene regar... pero se sabe, se agrega las plantas, y cobra sentido, pero el

escribir si no tiene destinatario, como una carta, ¿qué sentido tiene? ¿Será una labor típicamente zen como la que los mandan a hacer a los monjes cuando deben regar cada mañana un palo? ¿Estaré en vías de iniciarme en una tarea de tipo zen sin que lo sepa ni siquiera yo, totalmente anónima, sin reconocimiento, sin testigos, para nada?

Sigo preguntando, a menos de pocos días de cumplir setenta y cuatro años, me pregunto si estaré comenzando la verdadera tarea filosófica que es la de meditar sobre la nada. ¿Qué todo es nada? ¿Me estaré volviendo oriental ahora que me dispongo a viajar a Colonia del Sacramento, pueblo más que ciudad en la que nunca pasa nada?

Voy a leer a Levrero, un uruguayo, oriental, que le fue muy bien con sus publicaciones, que en mi biblioteca de papel tengo una novela de tipo autobiográfico, veré si escribir para uno mismo nos hace valorados por otros.

En esta última hora hubo varias novedades, como haber bajado mi primer libro en kindle, uno de filosofía, no conozco al autor, pero se llama *La magia de la filosofía*, es en inglés, y trata de Cassirer, Heidegger, Benjamin y Wittgenstein, filósofos que no leo sino a través de comentaristas. Y comencé *La novela luminosa*, de Levrero, me gusta su tono.

Salgo a caminar y a visitar a dos nietos, los más chicos, Rupi de cinco y Remo de dos, con barbijo y protector solar. No los toco. Ya volví a la oficina. Leo las primeras páginas de *La novela luminosa*, de Levrero, y me gusta su tono, ya lo dije, lo que no dije es que no pasa nada, a pesar de que me faltan quinientas páginas, y lo que tampoco dije es que no sé por qué a esta novela, que no es una novela, sino un diario

que puede escribir cualquiera, le hacen una edición tan linda y bien presentada por la misma editorial que me rechazó mi libro rumano judío que bien vale la pena porque tiene de todo y está bien escrito porque escribo bien, aunque es cierto que de esa editorial me fui solo porque no me daban la bola que quería y fui a la otra editorial internacional que después de publicarme dos libros me hizo recomendaciones irrespetuosas a modo de excusa para un ficticio tercero, además de hacerme esperar en un zaguán digital por horas y al pedo y por eso también me fui.

No entiendo qué interés tiene al menos hasta este momento el libro de Levrero que habla de su operación de vesícula, por qué eso es más importante que vaya a visitar a mis nietos, pero, siempre o casi siempre hay un pero, el libro de Levrero se lo editaron después de muerto, murió a los sesenta y cuatro años y yo voy a cumplir –casi digo que voy a morir– a los setenta y cuatro, por lo que bien vale la frase que acabo de leer en este libro tan exótico de Albert Londres, el del camino a Buenos Aires para escribir sobre la trata de blancas en el que dice: “No sé por qué la gente camina tan apurada en Buenos Aires si se sabe que a la tumba se llega siempre temprano”. Linda frase, filosófica.

En este momento me confronto con los siguientes libros autobiográficos, el de Levrero, el de Fernando Vallejo, el de Thomas Bernhard y esa especie de racconto personal que es tanto el de la trata de blancas en Buenos Aires como el del libro sobre los judíos errantes por distintos países de Europa. Le agrego el estreno de mi primer libro digital en mi kindle, el que habla de la magia de la filosofía del siglo xx en el que

se comenta a filósofos que no leo si no es por comentarios o análisis críticos.

Para dejar de estudiar no está mal, trabajo no me falta, pero al menos no tengo que estudiar, quiero decir que el estudio no solo es una actividad, sino también una sensación de deber, de esfuerzo, de misión, y de apuro, en especial de apuro, y creo que este desorden de lecturas no me apura tanto ya que se ha dicho que a la tumba se llega antes de tiempo.

Levrero dice que le teme a la muerte, que no sabe por qué, lo siente en las vísperas (¿vísceras?) de la operación de vesícula, y que quizá le tema al dolor, o a lo desconocido, o a lo peor que imagina como un renacimiento y un detestable volver a vivir. Para mí es más simple, es la idea de que me van a apagar la luz para siempre, todo negro y chau, como una ceguera, entonces por corolario la vida es luz.

La diferencia entre Levrero y yo es que él confiesa tener una vida desordenada que incluye apuros económicos y comidas basura o algo parecido. Y yo, ahora que pienso, soy un relojito, tengo familia, me ocupo de los quehaceres domésticos, hago las compras, estoy casado con la misma mujer hace treinta y seis años. Cenamos verdura, un panaché con cous cous que hace C, ayer cociné yo cachetes de abadejo con leche de coco. Cocinar es tarea de pandemia. No somos gourmet: pizza, pancho, fideos con tuco y milanesa con puré son los preferidos, pero hay que inventar y no engordar. Recomiendo mi bondiola a la mostaza y paprika.

\*